

Flores, Malva. (2020). *Estrella de dos puntas. Octavio Paz y Carlos Fuentes: Crónica de una amistad*, 652 pp. ISBN 9786075690131. México. Ariel.

La amistad entre los dos intelectuales mexicanos más destacados del siglo xx es el hilo conductor sobre el que Malva Flores construye la radiografía de un importante episodio de la historia cultural del México contemporáneo. *Estrella de dos puntas. Octavio Paz y Carlos Fuentes: Crónica de una amistad* es una exhaustiva investigación en la que la poeta y ensayista expone los encuentros y desencuentros entre los dos escritores, así como los debates y polémicas que giraron no sólo alrededor de ambas figuras, sino en torno al papel del intelectual en la sociedad y su relación con el Estado.

Fuentes y Paz se conocieron en París, en 1950; y a partir de ese momento, aunque se reunían esporádicamente, su correspondencia da cuenta de la mutua admiración que se profesaban. Sin embargo, desde que vio la luz *La región más transparente* (1958) se habló de un distanciamiento. Para muchos, el poeta Manuel Zamacona era una representación caricaturesca del autor de *El laberinto de la soledad*. Fuentes negó siempre lo anterior. Paz, por su parte, nunca expresó nada al respecto. Sin embargo, esto representó, a decir de Flores, la primera fisura en su amistad. Pese a lo anterior, es la década de los sesenta donde se halla el momento de mayor cercanía entre los dos autores, ello a pesar de sus diferencias políticas: mientras que Fuentes se mostró partidario entusiasta de la Revolución Cubana, Paz se mantuvo siempre incrédulo.

Un segundo distanciamiento deriva –y allí reside la principal tesis de la autora– del intento frustrado de Paz por fundar una revista, proyecto en el que Fuentes y Tomás Segovia serían los principales adeptos. Aquello jamás vio la luz; en su lugar, apareció la revista *Libre*, en París, una iniciativa semejante a la del poeta en la que Fuentes participó activamente, mientras que Paz parece haber sido excluido. Malva Flores advierte una ambigua postura de parte de

Fuentes hacia Paz en relación con el referido proyecto. La falta de claridad del narrador y su posterior participación en *Libre*, afirma, debieron herir la sensibilidad del poeta. Paz tuvo que esperar hasta 1971 para ver su sueño realizado, con el lanzamiento de *Plural*.

Un tercer punto de quiebre ocurre a mediados de los ochenta, en esta ocasión por sus respectivas posturas políticas. Fuentes se había pronunciado a favor de los revolucionarios sandinistas en Nicaragua. Paz, por el contrario, se perfila como un acérrimo crítico. La izquierda mexicana, ofendida por la postura del poeta, organiza una marcha en la Ciudad de México, que culmina con la quema de una efigie del poeta. Fuentes, según Flores, optó por guardar silencio.

El punto climático de sus desavenencias fue la publicación de “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”, de Enrique Krauze, en la revista *Vuelta*, de la que Paz era director. Allí se criticaba la imagen pública, la ideología política y la obra del narrador. Lo anterior lastimó a Fuentes, quien, pese a no responderle directamente a Krauze, recordó en algún momento cómo en los años cincuenta, mientras dirigió la *Revista Mexicana de Literatura*, se había negado a publicar un texto en el que se criticaba a su amigo el poeta.

Conforme el lector avanza a través de esta crónica, es capaz de compartir el sentir de ambos intelectuales; y al final, como si esperara una reconciliación, que nunca llega, no puede evitar la tristeza ante la pérdida de la amistad.

Si algo sobresale desde las primeras líneas, es la amenidad de la escritura de Flores. Y es que la sensación de estar leyendo una novela –impresión compartida por los miembros del jurado que recientemente la han galardonado con el Premio Xavier Villaurrutia– permite que el lector se vea atrapado desde el principio y no desee soltar el libro hasta concluirlo.

Es ese carácter novelístico lo que permite que no sólo Fuentes y Paz, sino todos los personajes que formaron parte del mundo cultural mexicano de la época, y que irrumpen en esta narrativa como personajes secundarios, se manifiesten en el texto como sujetos de ficción, es decir, se nos presentan desde su lado más humano –con defectos y virtudes–, lo que nos permite apartarnos de los lugares

comunes que alrededor de la República de las Letras se han construido en el imaginario colectivo.

Hoy en día, cuando la crítica literaria, la academia y el mundo editorial se han dado a la tarea de reivindicar un tipo de “escritura marginal”, hallando este carácter en la literatura escrita por mujeres o por disidentes sexuales, aparentemente soslayados o ignorados por quienes ocupaban un lugar privilegiado en la literatura de los sesenta, el texto de Flores resulta indispensable al presentarnos la otra cara de la moneda. Así, mientras algunas autoras, como Guadalupe Nettel, se han ocupado de retomar lo ya dicho alrededor de Paz –un poeta egocéntrico, a quien no le gustaba que su esposa escribiera, lo que incluso llevó a Elena Garro llevó a quemar sus manuscritos– o de la homofobia adjudicada a los integrantes del *Boom* –un grupo de hombres, blancos y heterosexuales, cuyas declaraciones denostaron la escritura de mujeres y homosexuales de talento indiscutible–, Malva Flores nos muestra que Paz no sólo elogió públicamente a la escritora, al afirmar que desde Valle-Inclán y García Lorca “no había aparecido en lengua española un autor de la valía de Elena Garro” (p. 115), sino también en lo privado, como se advierte en una carta del poeta a José Bianco, en la que se dice maravillado por su obra: “¡cuánta vida, cuánta poesía, cómo todo parece una pirueta, un cohete, una flor mágica!”(p. 115).

Flores nos presenta, además, a un Fuentes sensible ante la diversidad, al traer a cuentas el episodio en el que conoció a Thomas Mann, “observando apasionadamente una partida de tenis [...]. No era el juego lo que Mann seguía con atención sino la belleza de uno de los jugadores” (p. 26). Fuentes supo, entonces, que “la forma artística precedía la carne prohibida. La belleza se encontraba en el arte, no en el prematuro cadáver de nuestros deseos informes, pasajeros, al cabo corruptos” (p. 27).

Como en toda buena narrativa, el final no es contundente. Flores da la pauta para que sea el lector quien complemente el misterio de lo que ocurrió: “los lectores podrán conocer o encontrar también otras voces y otras resonancias; elegir diferentes ángulos de mira, seleccionar pasajes distintos de los que yo cité. Ese es su privilegio, pero también el mío” (p. 20).

Así, mientras ella resalta la idea de Paz en torno a la amistad –un sentimiento que es “como las plantas: hay que regarla a diario. A veces, también, hay que podarla: demasiado frondosa deja de dar flores y frutos. Y mucho sol –un acuerdo total– la marchita. Las diferencias –si se dicen– son un agua milagrosa” (p. 489)–, nuestro privilegio como lectores es aventurar que Fuentes tuvo presente a su fallecido amigo al momento de escribir *En esto creo* (2002): “todos, en grado menor o mayor, hemos traicionado o sido traicionados por la amistad” (p. 11). No hay nada más susceptible de traición que la amistad, señala:

lo terrible de la pérdida de la amistad es el abandono de los días a los que ese amigo les dio sentido. Perder a un amigo se vuelve, entonces, literalmente, una pérdida de tiempo. Esperanzas excesivas, celos de triunfos ajenos. Es tiempo de regresar a la amistad sabiendo que exige un cultivo cotidiano a fin de rendir frutos maravillosos (p. 13).

La autora cierra magistral y emotivamente el último capítulo de esta fructífera amistad: el 15 de mayo de 2012, a las condolencias que Silvia Lemus recibía por la muerte de Carlos Fuentes se sumaba la de María José Paz, cerrando, con ello, simbólicamente, las viejas heridas. Con *Estrella de dos puntas. Octavio Paz y Carlos Fuentes: Crónica de una amistad*, que ya ha sido reconocido con el Premio Xavier Villaurrutia (2020) y con el Premio Mazatlán de Literatura (2021), Malva Flores nos ha dado un clásico de la literatura mexicana. ➤

Raymundo Marín Colorado
mundomarinc@gmail.com
Universidad Veracruzana